

## Mi criterio estético

**E**l otro día estuve en el museo de arte abstracto y al salir me pregunté que qué me había parecido, como me tenía que contestar a mí, con toda franqueza me dije: «Y yo qué sé. Algunas veces he sentido sensaciones placenteras y otras creo que me estaban tomando el pelo». Hace algún tiempo que me gusta decirme la verdad. Estas dudas sobre mi criterio estético me vienen de muchos años atrás. Recuerdo un día que fui a ver una película de Ingmar Bergman, tendría unos 18 años; al acabar, mientras salíamos, era normal hacer algún comentario sobre la impresión que nos había causado, ya se sabe: «No está mal», «Muy lenta», «Estupenda», «Cómo estaba la tía»...; ese día aquello parecía un duelo, yo intentaba salir mirando al techo pero mi amigo me tiró del brazo y me obligó a mirarle, su rostro mostraba un gesto interrogante igual al mío cuando le contesté; nuestra expresión se transformó en perplejidad al oír las respuestas: «magnífica», «genial», «colosal», dichas por algunos que se dieron a la fuga.

Esa sensación de no ver la belleza donde algunos críticos dicen que está, me ha acompañado con frecuencia a la salida de exposiciones, conciertos, teatros y demás expresiones artísticas, sobre todo si pertenecían a estilos surrealistas, cubistas, dadaístas y tantos otros «istas» más (creo que estos buscan la protesta, la confusión o el asombro, más que la belleza). Entonces pensé que, en principio, debería saber lo que se entiende por belleza; ahí empezó el lío, la definición más corta tiene por lo menos cuatro renglones; para unos es una sensación, para otros un placer, para otros un valor y para otros las tres cosas; que si está en el objeto, que si está en el espectador, que si está en los dos; ¿si hablando de lo bueno un ilustre dijo: «No deseamos nada porque sea bueno, sino que es bueno sólo porque lo deseamos», no podría yo decir, cargándome de criterio: «No me gusta porque es bello, sino que es bello porque me gusta»?

Preocupado con este tema, que sigo, leí el Emilio de Rousseau, en el que dice que la culpa de que el hombre sea malo la tiene la educación. «No está mal, me dije, si sigo queriendo saber no voy a disfrutar nunca de la belleza, que es lo que busco». Por razones que no vienen al caso, no acepté el criterio de este señor.

No recuerdo si fue antes o después, leí un libro, creo que era de Blasco Ibáñez, en el que decía todo lo contrario. Trata de un señor que cuenta las costumbres de los chinos, y entre ellas las referentes a la alimentación; de cómo sus platos preferidos son las ratas, las hormigas, las..., bueno no sigo porque como yo no tengo su educación se me está poniendo un aparato...; porque sí, eso dicen: que nos llevan quinientos años de cultura y que ya han pasado del lechazo la ternera y la merluza, por eso, su paladar, más educado, requiere placeres más sofisticados.

No sé si será así o simplemente sea que comen esas cosas por algo tan sencillo y abundante por aquellas zonas como el hambre, pero sí recuerdo lo mala que me estuvo la primera cerveza, la primera ostra o el primer canapé de caviar; es decir me educaba para paladear el civet, el carpacho, la mouse, el soufflé, en detrimento de los huevos fritos con patatas, la panceta y los chorizos con pan, que es lo que me producen más placer, y a mitad de precio.

Conclusiones: si no aprendo, como preconiza Rousseau, malo, y si aprendo, como dice el turista a china, peor. Así que, sin cansar más, digo que mi postura es la siguiente: como prefiero sentir el placer de la belleza a saber lo que ésta es, he decidido perseguir amorosamente la Belleza aun cuando nunca sepa donde está, ni lo que hace, cuando no está conmigo.

*Fernando Egido*

Las cartas al director deberán ir acompañadas de una fotocopia del DNI y deben ir dirigidas al director de **CRÓNICAS de Cuenca**: C/ Ramón y Cajal 22, 1º. Cuenca, al número de fax: 969/23 48 52 o a la dirección de correo electrónico: [cronicas@citelan.es](mailto:cronicas@citelan.es). **CRÓNICAS** se reserva el derecho a extraer las mismas cuando superen el espacio asignado.